

... y castigarán á fuego y sangre el ultraje hecho á la tribu.
¿Está satisfecha la vírgen de los bosques?

Cora y su hermano hicieron presente su gratitud á la
asamblea, y seguidos de su madre se retiraron á su choza.
La reunion se disolvió, y la toldería volvió á tomar su or-
dinario aspecto.

CAPITULO XIII
LA VENGANZA DE CORA

CAPITULO XII

LA VENGANZA DE CORA.

Se habia puesto el sol y las primeras sombras de la noche
comenzaban á tendense sobre la tierra.

En la toldería de los indios avipones reinaba una desusa-
da agitacion; los guerreros entraban y salian en las chozas,
reunian sus caballos, blandian sus largas lanzas; todo anun-
ciaba que se preparaban para una expedicion de guerra.

Al fin montaron á caballo y salieron de la toldería.

Iban completamente desnudos, á excepcion del pedazo de
tela que ceñia sus caderas, y en sus pechos y en su semblan-
te se veian pinturas horribles, que les daban un aspecto
infernál.

Eran quinientos, é iban armados con sus largas lanzas,
sus mazas y sus cuchillos.

A su frente caminaba el anciano jefe de la tribu, á cuyo
lado iba una mujer, ó por mejor decir, una niña.

Era Cora.

Los guerreros, formando una larga fila, se alejaron de su toldería, marchando silenciosamente por la orilla del río, y guiados por Cora, se internaron en los enmarañados senderos de la selva.

Tres horas después, un pastor que dormía envuelto en su manta al lado de su silencioso rebaño en la pradera que se extendía entre el bosque y las tierras de la granja, despertó sobresaltado al oír los sordos gruñidos de su vigilante perro.

Incorporóse con precaución, sondeando las tinieblas con su penetrante mirada para ver si estaba cerca algún rojo aguara ó manchado jaguar.

Lo que vió le hizo palidecer.

Una larga fila se movía cruzando la llanura: eran hombres á caballo que salían de la selva y adelantaban como una serpiente gigantesca hácia la granja.

Aquellos ginetes fueron desfilando á poca distancia del gaucho, y apenas se oía el apagado ruido de las pisadas de sus caballos. A la luz de la luna distinguió que estaban desnudos, que iban horriblemente pintados y que solo llevaban sus lanzas, sus mazas y sus cuchillos: eran, pues, guerreros indios preparados para una expedición.

El gaucho adivinó que se trataba de sorprender la granja, pero comprendiendo que si daba señales de vida estaba irremisiblemente perdido, tuvo que permanecer inmóvil. Luego se arrastró silenciosamente hácia la selva y se ocultó entre la espesura.

Los indios continuaron atravesando la extensa pradera, y se detuvieron silenciosamente en el límite de las tierras cultivadas.

El jefe dió una órden, y todos los guerreros desmontaron,

reunieron los caballos en un grupo, y algunos indios quedaron custodiándolos.

El resto adelantó por la ancha avenida flanqueada de árboles con dirección á la casa, que elevaba su negra mole entre los bosquecillos del jardín, y por cuyas ventanas se veían luces.

Cerca ya del edificio, los indios se detuvieron; el jefe dió algunas palabras, y la banda se dispersó rodeando la casa.

En tanto, don Lorenzo Acevedo, su hijo y sus huéspedes estaban reunidos en la sala-comedor, en torno de una mesa sobre la cual se veían los restos de una opípara cena.

Tomaban café y charlaban.

El tema de su conversacion era la desaparicion de Cora.

—¿Se la ha buscado bien? preguntaba don Lorenzo.

—Sí, señor, respondió su hijo; los gauchos han explorado toda la orilla del río y una parte de la selva sin poder encontrarla, y para mí es indudable que ha vuelto á la toldería.

—Eso es, repuso Blanca, lo que habeis conseguido con vuestra crueldad.

Don Gonzalo sonrió desdeñosamente y replicó:

—¡Bahl! ¡Corta es la pérdida! No os quedareis sin doncella porque Cora haya desaparecido.

—Pero la verdad es, repuso Blanca, que nadie me atavía con tanto gusto como ella; por fortuna, en el pecado encontráis la penitencia: ya no podré lucir aquel precioso peinado de trenzas que ella me hacía y que tanto os gustaba.

En aquel momento resonaron en el piso bajo los furiosos ladridos de los perros, y cuando don Lorenzo se volvía para mandar á un esclavo que averiguase la causa de aquel alboroto

otro, oyóse un terrible alarido, al que siguió inmediatamente el crugido de las puertas que saltaban en astillas.

— ¡El grito de guerra de los avipones! exclamó don Lorenzo palideciendo y poniéndose de pié violentamente.

Blanca lanzó un grito de espanto; don Lorenzo y sus huéspedes corrieron á tomar sus armas.

Los indios habian empezado el ataque.

Derribadas las puertas bajo el vigoroso golpe de sus hachas, se lanzaron como un vendabal dentro del edificio, y se dispersaron por las habitaciones matando á cuantos encontraban al paso.

Don Gonzalo y don Francisco, que quisieron defender la entrada de las habitaciones de Blanca, donde la hermosa española se habia refugiado, fueron muertos á pesar de sus esfuerzos desesperados, y la misma suerte tuvieron cuantos hombres habia en la granja.

Solo se respetaron las mujeres y los niños.

La lucha fué corta, pero terrible y sangrienta.

Por fin terminó, y á su pavoroso estrépito sucedió un profundo silencio: todos los habitantes de la granja, gauchos, esclavos, criados, señores, habian perecido, y los indios, cesando en su salvaje grito de guerra, sacaron fuera de la casa las mujeres y los niños cautivos.

El anciano jefe dió una orden, y sus guerreros, cogiendo los mutilados cadáveres, los arrojaron á las aguas del rio.

Apoderáronse luego de cuantos objetos les parecieron preciosos, de los caballos, de los ganados, y en seguida prendieron fuego á la granja.

Poco tardó en elevarse sobre el edificio un haz de rugientes llamas, y á su luz pudo verse, delante del grupo de

guerreros indios, una jóven, en cuyo hermoso semblante se pintaba una alegría feroz.

Era Cora.

Cuando las llamas envolvieron por completo la granja, los guerreros, llevándose los cautivos y el ganado, montaron á caballo, y atravesando la llanura, se dirigieron á la toldería, adonde llegaron cuando el sol aparecia sobre el horizonte.

El anciano jefe hizo reunir en la plazoleta todas las mujeres cautivas, y dirigiéndose á Cora, que se hallaba á su lado, preguntó:

— ¿Cuál de estas mujeres es la que se gozó en el tormento de la vírgen de los bosques?

Cora extendió el brazo, y con un movimiento lleno de orgullo, señaló á Blanca, que se hallaba en medio del grupo.

Dos guerreros cogieron por los brazos á la orgullosa española, en cuyo semblante se pintaba un terror indefinible, y la desnudaron de medio cuerpo arriba.

La hicieron hincar de rodillas, y otro guerrero, armado con un fuerte látigo de correas trenzadas, empezó á descargar fuertes y acompasados golpes en sus espaldas.

Al primer latigazo, Blanca lanzó un grito de dolor y se retorcíó, fijando en Cora una mirada de súplica; el ejecutor continuó descargando golpes, y poco despues, la hermosa castellana, vencida por la vergüenza y el sufrimiento, se desplomó como una masa inerte.

Cora hizo una señal, que paró el brazo del ejecutor, y se acercó á Blanca.

El jefe y algunos guerreros se acercaron tambien, se inclinaron sobre ella y la incorporaron.

Estaba desmayada.

Un jarro de agua que se la echó al rostro y algunas gotas de aguardiente que la vertieron en los labios la hicieron volver á la vida y al sentimiento.

Miró con estupor á los que la rodeaban, fijó sus ojos en Cora con una expresion indefinible, se arrojó á sus piés, y rompió á llorar á raudales, como si su corazon se hubiera licuado en lágrimas.

Una sonrisa dolorosa arqueó los rojos labios de la india.

De repente, Blanca dejó de llorar, alzó el rostro, sacudió hácia atrás sus largos cabellos destrenzados, se puso violentamente en pié, y mirando de una manera extraña á los indios que se agrupaban en torno suyo, lanzó una larga y estridente carcajada.

La vergüenza y el sufrimiento, superiores á sus fuerzas, habian trastornado su razon: estaba loca.

El jefe se volvió hácia Cora, y le dijo con acento solemne.

—[La vírgen de los bosques está vengada!

Esta historia y sus sucesos, que se cuentan en las montañas de la América del Sur, son tan interesantes como los que se cuentan en las montañas de la América del Norte. Los indios de las montañas de la América del Sur, como los de las montañas de la América del Norte, son tan valerosos como los de las montañas de la América del Norte. Los indios de las montañas de la América del Sur, como los de las montañas de la América del Norte, son tan valerosos como los de las montañas de la América del Norte.

CAPITULO XIII.

LAS AGUAS ROJAS.

Cora estaba vengada, pero su venganza, despues de consumada, la llenaba de horror.

Tenia el alma amargada, el corazon ulcerado, veia ante sus ojos un mar de sangre, y la estridente y hueca carcajada de Blanca resonaba en sus oidos haciéndola estremecer de espanto.

Cuando el sol se puso, Cora se dirigió maquinalmente á la orilla del rio.

Las ténues claridades crepusculares reemplazaban á la radiante luz del astro del dia; las aves callaban y se refugiaban en sus ocultos nidos, despues de enviar á los cielos el canto de despedia; la fresca brisa de la noche tendia sus temblorosas alas sobre la tierra, y esa languidez, esa melancolía inexplicable que parece indicar el sueño de la naturaleza, hacia ya sentir su poderoso influjo en las hermosas florestas americanas.

Cora, aterrada y triste al mismo tiempo, buscaba un consuelo á sus penas en lo que era antes causa de sus alegrías, en los cantos de las aves, en el aroma de las flores, en el murmullo de la selva..... pero los pájaros no cantaban, las flores habian cerrado sus cálices, la naturaleza dormia, y la vírgen de los bosques solo encontró en torno suyo soledad y tristeza.

Parecíale que ante ella se alzaba la sombra ensangrentada de don Gonzalo, mostrándole las terribles heridas que pusieron fin á su existencia; creia distinguir entre las espesas frondas de la selva las rugientes lenguas de llama que devoraron la quinta, y la pobre niña, aterrada por estas visiones, se tapaba los ojos, pero continuaba andando, dirigiéndose al rio, como si la impulsara la fatalidad.

Llegó á la orilla, dejóse caer al pié de un árbol, y se cubrió el rostro con las manos.

¿Qué pasaba en el alma de Cora?

No es posible decirlo, no es posible comprenderlo.

El corazon humano es un abismo, y en ciertos momentos, en ciertas situaciones es un abismo insondable.

¿Sentia remordimiento la vírgen de los bosques?

Nadie podia asegurarlo.

¿Lloraba muerto al hombre á quien amara, al que, mintiéndola un amor finjido, la robó su libertad, sometiéndola al humillante látigo de la esclavitud.

No nos atrevemos á decir que sí: lo único que podemos afirmar es que Cora, que tanto habia deseado su venganza, despues de realizarla sintió en el alma una amargura inmensa.

La pobre niña permanecia inmóvil con el rostro oculto entre las manos, y en tanto, las trémulas luces crepuscula-

res se desvanecieron, y la noche tendió sobre la tierra, su manto de tinieblas.

¿Lloraba ó meditaba?

Ni una cosa ni otra.

Hallábase en ese estado de arrobamiento doloroso, de penosa abstraccion, en que se puede decir que la inteligencia está dormida y el sentimiento muerto, y su inmovilidad era tal, que hubiera podido creérsela un cuerpo petrificado.

Una carcajada estridente, una risa de loca que resonó junto á ella la volvió al sentimiento de la realidad.

Púsose en pié de un salto estremecida de terror, y vió ante sí á Blanca con su túnica desgarrada, con los cabellos opulantes y sueltos por la espalda, que reia de la manera incisiva y dolorosa peculiar de los dementes.

Aquellas dos mujeres se miraron cara á cara, con las señales del terror la una, con la expresion de la locura la otra.

Cora bajó la cabeza, Blanca lanzó una carcajada.

Luego cogió una mano de la india, la estrechó con una fuerza sobrenatural, con esa fuerza extraordinaria que da la demencia, y señalando las aguas del rio, que se deslizaban murmurando blandamente, exclamó:

—Mira, Cora; mira, mi buena esclava: las aguas de este rio han cambiado de color; ayer eran claras y transparentes como el cristal, y hoy son rojizas como si estuvieran mezcladas con sangre. ¡Ay! ¡Y es con sangre, sí, con lo que van mezcladas! ¡La sangre de don Gonzalo, la sangre de mi padre, y la del suyo, la de mi hermano, la de todos los que vivian en la granja, asesinados por tí, esclava maldita, muertos por tí, india miserable, es la que ha puesto rojizas las aguas de este rio! ¡Mira, mira, vírgen de los bosques; mira las aguas del rio ensangrentadas por tu venganza!.....

Como si obedeciera á una influencia magnética, como si las palabras de la loca tuvieran una fuerza sobrenatural, Cora levantó la frente, fijó en el río sus miradas y lanzó un grito horrible, un grito de espanto, uno de esos gritos que hacen estremecer de horror á quien los oye y que oídos una vez no se olvidan nunca.

Ilusion ó realidad, lo cierto es que Cora vió que las aguas del río se habian tornado rojas como si estuviesen mezcladas con sangre; creyó en el fondo de su alma, en el fondo de su conciencia, que la sangre de don Gonzalo y de las otras víctimas de su venganza les habia dado aquel color, tuvo miedo, un miedo cerval, y desasiéndose violentamente de la mano de Blanca, echó á correr hácia la toltería como si fuera perseguida por las furias infernales.

Dominada por el terror no oyó una carcajada horrible, luego el ruido que produce un cuerpo al caer en el agua, y por último, algunos gritos de angustia, algunos gemidos ahogados, á los que siguió un silencio pavoroso.

Era Blanca, que arrastrada por su locura acababa de arrojar al río, en cuyas aguas encontró, al mismo tiempo que la muerte, el término de sus sufrimientos.

CONCLUSION.

Al día siguiente, los indios encontraron en la orilla del río el cuerpo de Blanca, que detenido por un grupo de cañas y juncos, no habia sido arrastrado por la corriente. Los pieles rojas recogieron el cuerpo de la desgraciada jóven, y con ese respeto que aun los pueblos mas salvajes profesan á los que han dejado de existir, lo enterraron al pié de un árbol.

Cora no sobrevivió mucho tiempo á las víctimas de su venganza. Atacada de una enfermedad extraña, que á pesar de todas sus prácticas supersticiosas no pudieron combatir los pinches ó médicos de la tribu, murió poco despues, siendo enterrada por sus hermanos bajo el mismo árbol que cubria las cenizas de Blanca.

Andando el tiempo los indios avipones, á consecuencia de la continua guerra que sostenian con los españoles y las tribus vecinas, tuvieron que abandonar las tierras que ocupaban para buscar un refugio en el interior del Gran Chaco.

Hoy, como ya dijimos al principio, han desaparecido casi por completo; pero como una prueba de su existencia y de



su índole cruel y sanguinaria, quedan allí las rojizas aguas del río Bermejo, del río de sangre, cuya leyenda acabamos de referir á nuestros lectores.

FIN.

LA MARIPOSA.

Vestida de oro y zafiros
 Saludando á la mañana,
 Hiende los aires ufana,
 Veleidosa, al fin abrevia su vida,
 Bellísima mariposa,
 De túnica peregrina,
 Que al dar un beso á la rosa,
 Purpurina,
 Nunca hasta entonces se viera,
 Ni una rosa mas divina,
 Ni mas linda jardinera,
 Vertiendo vida y amores,
 Loca ostentando sus galas,
 Estremece con sus alas,
 Los capullos de las flores,
 Y á su paso
 Con rico manto de raso,
 Salió un clavel presumido,
 Que al rendir su amor escaso,
 Aunque sentido,
 Nunca hasta entonces se viera,
 Ni un galan mas encendido,
 Ni mas linda jardinera,
 Parada orillas de un río,
 Iban bordando las ondas,
 De su vestide las blondas,
 Con finísimo rocío,
 Transparente:
 Y al mirarse en la corriente,
 Donde el sol pinta uno á uno
 Sus rayos de luz ardiente,
 Nunca alguno
 Hasta entonces allí viera,
 Ni espejo mas oportuno,
 Ni mas linda jardinera.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
 BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

REYES
 ERREY, MEXICO

Cruzando al campo serena
 Por gozar de su tesoro,
 Tendió sus alas de oro
 Sobre una blanca azucena

Pura y llena
 De perfumes y de gualda:
 Y al reposar candorosa
 Entre su nevada falda

Esplendorosa,
 Nunca hasta entonces se viera,
 Ni una rama tan frondosa,
 Ni mas linda jardinera

Viólas gritar desde el nido
 Donde cantara su amor,
 Tristísimo ruiseñor
 Con acento dolorido:

Su gemido
 Lo sofocó en su garganta,
 Y como al punto ligero
 Amantes himnos levanta

Lisonjero,
 Nunca hasta entonces se viera,
 Pájaro mas hechicero,
 Ni mas linda jardinera

Mas ¡ay! que atrevida y vana
 Dirigió su raudo vuelo
 Enamorada del cielo
 A su pabellon de grana

Bella, ufana,
 Fingiendo alegres desmayos,
 Llegó hasta la lumbre pura,
 Y allí al ardor de sus rayos

¡Qué amargura!
 Prestó pábulo á la hoguera,
 Agostando la hermosura
 De la linda jardinera

ANTONIO HURTADO.

INDICE

Pág.

Tempestades del Alma..... 5

Historia de un Muerto..... 85

Un Baile de Mascaras..... 111

El Cochero del Cabriole..... 123

Un Drama Negro..... 151

El Río de Sangre..... 323

La Mariposa..... 401

